

SOLÉ TURA, Jordi, *Catalanismo y revolución burguesa*, El Viejo Topo, Vilassar de Dalt 2017, 316 pp. ISBN: 978-84-169-9542-4.



La reedición de este libro publicado originalmente en el año 1967 por el que sería poco después uno de los padres de la Constitución de 1978 no resulta ni extraña ni casual. Así lo expresan tanto en el prólogo, prefacio y postfacio, el escritor Javier Cercas, el politólogo Joan Botella y el historiador Borja de Riquer. En los momentos más álgidos del proceso independentista catalán han aparecido multitud de libros que han intentado explicar desde perspectivas y disciplinas diversas lo que estaba pasando en Cataluña. La mayoría de estas obras adolecen de urgencia, descripción y presentismo, con lo cual poco aportan a esclarecer los hechos, y muchas veces responden solamente al interés de construir un relato partidista.

La reedición de la obra de Jordi Solé Tura supone en palabras de Borja de Riquer, “la recuperación de un clásico”. Ciertamente, *Catalanismo y revolución burguesa* se escribe cuando en Cataluña, dentro de la oposición al franquismo, se dirimía una importante lucha entre el que había sido el relato predominante desde la posguerra -de carácter sobre todo catalanista católico- con aquella oposición que enlazaba más con ideas marxistas, federalistas y que se alimentaba en buena parte de la nueva realidad demográfica y sociopolítica fruto de la inmigración de los años 60. Es dentro de esta pugna que Solé Tura ensaya esta crónica entre historiográfica y política sobre la figura del que había sido el ideólogo indiscutible del nacionalismo catalán de finales del siglo XIX y principios del XX: Enric Prat de la Riba. Su hipótesis principal: “la historia del nacionalismo catalán es la historia de una revolución burguesa frustrada”.

Para ello recurre al mismo Prat de la Riba, a sus numerosos escritos, discursos, cartas... de las cuales extrae la idea de que el nacionalismo surge como una confluencia de elementos culturales (pensemos en el Romanticismo imperante en toda Europa), económicos (la expansión del capitalismo) y políticos (la extensión de las ideas de libertad, sufragio universal, etc.). La burguesía catalana se encuentra en ese momento en auge, pero sin poder contar con los instrumentos de poder necesarios para propiciar una auténtica reforma de un régimen político español anclado aun en los intereses de una oligarquía agraria. Un régimen cuya decadencia y crisis se acentuaría a finales del XIX con la pérdida de las últimas colonias. Por tanto, el primer regionalismo aparece articulado por el interés de una determinada clase industrial y burguesa que precisaba al mismo tiempo de políticas proteccionistas, y de una imperiosa modernización de infraestructuras que permitieran consolidar lo que entonces era su principal mercado: el mercado

español. Sin embargo, la incapacidad del Estado para poder llevar a cabo estas reformas es la que va propiciando un acercamiento de esta misma burguesía a espacios de reivindicación nacional que empezaban a articularse alrededor de dos ejes: un eje cultural, rural, conservador y esencialista profundamente religioso (bajo la enorme figura del obispo Torras i Bages) y otro de carácter más urbano, obrero, federalista y democrático que tuvo en figuras como Pi i Margall o Valentí Almirall a sus principales valedores. Prat de la Riba y su naciente *Lliga Regionalista* se moverán siempre entre estas dos alianzas, con la idea de que sea precisamente la burguesía la clase que lidere este movimiento expresado en la idea de “*un sol poble*” (un único pueblo).

Una al movimiento la reivindicación nacional con la idea de transformación de una España que consideran no sólo caduca y ajena, sino incluso hostil a sus intereses. A partir de allí se cultiva el relato de una especificidad histórica, cultural y lingüística que hasta ese momento carecía de expresión política. Una especificidad que pretende agrupar el esencialismo idealista rural (bien vivo aún en el carlismo) con el dinamismo urbano e industrial, de unas ciudades que bullen con la modernidad y las nuevas corrientes anarquistas o marxistas. Prat de la Riba y su regionalismo pretenden liderarlo, tratando de convencer sobre la necesidad de conjugar y aunar esfuerzos, aplazando o sustituyendo aspectos esenciales de la democracia o la lucha de clases, a favor de un proyecto común para él mucho más valioso: recuperar la nación y “movilizar la periferia económica contra el centro burocrático y paralizador”. A nivel práctico las ideas de Prat de la Riba se traducirán sobre todo en la creación de la Mancomunidad (a partir de las Diputaciones provinciales) y en el impulso de iniciativas de carácter educativo, cultural y económico. Una especie de incipiente autonomía que permitía visibilizar una nueva acción de gobierno más próxima a las necesidades del catalanismo.

No obstante, según Solé Tura, será esa misma ambición de liderazgo de la burguesía la que pondrá también de manifiesto su debilidad orgánica. Las contradicciones del proyecto catalanista, la progresiva organización del movimiento obrero y los hechos de la Semana Trágica, acabarán por poner de manifiesto las dificultades para articular la idea de “un único pueblo”. De ahí que, ante las revueltas, la burguesía vuelva su mirada de nuevo al Estado, se apoye en la monarquía e incluso acepte la imposición del orden por la fuerza. Para el autor, se pone con ello en evidencia que el catalanismo tenía para la burguesía un carácter puramente instrumental acorde con sus intereses de clase, y no con un proyecto lo suficientemente revolucionario para poner en juego el régimen imperante.

La tesis de Solé Tura, despertó (y sigue despertando en su reedición) una interesante polémica en el seno de la sociedad catalana pues, a pesar de los diferentes contextos, proporciona una hipótesis que para algunos sigue siendo válida a la hora de explicar la naturaleza tanto del nacionalismo catalán como del actual proceso independentista. Sea cuales sean las conclusiones que saque cada uno de su lectura, lo cierto es que el clásico continúa siendo necesario para escapar de la urgencia y el presentismo que nos ahoga tanto en éste como en tantos otros temas.

Santi TORRES ROCAGINÉ  
Cristianisme i Justícia (Barcelona)